

artes y trampas del humanismo

JAVIER SAURAS

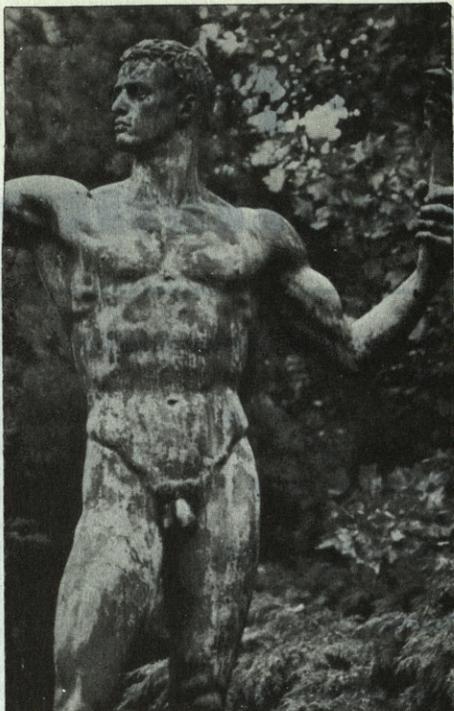
Los que contamos alrededor de treinta años no sufrimos las estrecheces serias de la postguerra, pero si el racionamiento y otros suaves ascetismos. En la escuela, pocos afortunados llevábamos zapatos y comíamos carne regularmente. La mayoría de nuestros compañeros calzaban las rudas botas negras, llamadas de "Falange", que se conseguían muy baratas, como parte del equipo de los flechas, en el Frente de Juventudes, y que los niños con zapatos les envidiábamos.

A mi me parecían austeros muchachos de madera noble y fuerte, cuando les oía hablar del Imperio, haciéndose entusiasmado eco de sus mandos y jefes de Escuadra. Alguna inquietud ya sentía cuando confrontaba mi heroica y purpúrea idea de lo imperial ante su poca suntuosa alimentación; y si se glosaban los valores eternos y la raza, ni unos ni otra los veía por parte alguna, pues unos chicos mal comidos, morenos, con portillos dentales y hasta encanijados, mal casaban con ninguna eternidad, ni cuadraban con esos arquetipos de lo ario, como: Alfredo Mayo, Cuto, Roberto Alcazar o incluso Pedrín.

Siempre sospeché, en verdad, el vacío de tales catecismos, y que ese nuestro Imperio no era de este mundo, ni de mapas, ni de raza, ni de riqueza, sino de precariedad, ahorro, propaganda, temores y sueños.

Haciendo inventario, si no almoneda, de aquellos años, todos podemos recordar con pasmo el énfasis de lo que se nos decía respecto a Europa, decadente y pecadora.

Cómo nosotros eramos la reserva ética del continente, la manzana de Hesperia incontaminada, el baluarte murado del catolicismo, la seriedad de lo nuestro,



lo santo del humanismo autóctono y trentino a la par,
lo épico de nuestra mística.

Además, para nuestra tranquilidad, todo ello era cierto e incuestionable,
pues los otros eran los equivocados y malignos,
nosotros poseíamos la verdad, toda ella, y los valores detrás.

Así pues, nuestros congéneres,
los que ocupaban el resto de las tierras extrapeninsulares,
la mar oceánica y sus infinitas ínsulas, pérfidas como Albión,
eran temibles por su corrosivo y decadente equívoco,
paganas, protestantes o marxistas.

Más nuestro desprecio superaba su barbarie en hercúlea energía,
y el temor que nos curaba de ello en aislamiento y cuarentenas
no era cobarde, sino prudente.

Pero la bestia atea fue más fuerte, entró en nuestro castillo interior
con el turismo, la televisión, los seiscientos,
las multinacionales, las discotecas, las bases, la industrialización.
Y entonces vimos que nuestra morada era de la misma bestia,
cuya máscara de humanismo endeble y nostálgico
había caído al echarnos en brazos de tantas comodidades y solicitudes.
De este modo empezaron a llamarse las cosas por su nombre,
y descubrimos que nuestro capitalismo era mucho más privilegiado,
represivo, abusón y arcaico que todo el que había en los países vecinos,
que tanto antaño aborrecíamos y denostamos.

Nuestro "humanismo" fue un concepto falaz, o quizá sólo erróneo,
quien sabe. Basaba todo su contenido y su razón de ser en
una situación céntrica del español cristiano
y de derechas en el eje inamovible y no coperniquiano del universo,
enfrentado a la sustancia del mundo y afrentado por su "obscena" desnudez.
Nunca en una situación orgánica, ajerárquica,
del propio ser humano dentro de la naturaleza y de su medio,
ni integrado en armonía sin fracturas ni dominios.

El "humanismo autárquico" hizo de la nuestra una sociedad enferma,
en la que lo personalista se llevó a los últimos extremos,
trastocando los más mínimos actos y caprichos
del poder en mitologías a imitar o a respetar,
en honorables cánones con los que soñar.
Fue un alboroto febril de gestos exteriorizantes,
que estuvo despreciando y renunciando



ALGUNOS EJEMPLOS DE "ARTE NAZI"



FOTO: PAUL VIRILIO

los intimismos naturales y serenos de la madurez popular, tan intuitiva y sabia, en aras de una épica infantil muy dudosa.

UNA ARQUITECTURA VACIA PARA UN SUEÑO SIN SENTIDO: EL IMPERIO

Basada en esos alienantes principios de "humanismo autárquico" medró en nuestra geografía una floración arquitectónica extensísima, cuyas muestras surgen por todo los rincones. En el arte y arquitectura oficiales de estos años no puede reconocerse ningún sistema, estilo vertebrado o canón general, sino, por el contrario, una acumulación de elementos accesorios montados sobre un vacío conceptual. No es la eclosión de una amplia tendencia estética, sino algo indefinible, uniforme en su ampulosidad huera. Hay una tristeza casi surrealista en tales construcciones y en esos ademanes "noblemente eternos" de las esculturas. Fallas perennes que arden consumidas de frio.

El error y vicio de un régimen político es la magnificación momificante de si mismo, pues el poder sólo debería ser un instrumento de justicia, y nunca un fin, la última ratio del estadista. La autarquía pierde su pie exalta sus ideas tácticas a dogmas fundamentales, sin querer reconocer su época ni las alternativas instrumentales y políticas distintas. No se funda en razones sino en argumentos sofistas, monologa, y en el delirio de su flatus vocis es capaz de echar mano a reivindicaciones marxistas, señuelos liberales y comodidades zafias del consumismo.

En este clima cansino y reiterativo es muy difícil llegar a desarrollar una capacidad crítica, porque como nunca estuvimos seguros del alcance de nuestras obligaciones, y mucho menos del de nuestros derechos, fluctuamos descentrados y en continuo riesgo de colisión. Ya en el puro plano estético, ¿Por qué admiramos tanto lo definitivo, lo pétreo y grandioso?

Porque cientos de años, milenios de cultura cristiano imperial nos han hecho aceptar como lo mejor lo eternizante, haciéndonos casi incapaces de percibir la belleza de lo fugaz,

la trascendencia potencial de lo sensible y de lo precedero.

El culto al sacrificio dramático,
a la muerte y a las ruinas hermosas,
recuerdos de pasados y vácuos esplendores,
nos han apartado del disfrute no sólo estético,
sino también ético, de lo que cuenta,
que es la vida.

Posiblemente deberíamos revisar ciertos patrones valorativos,
que sin discusión hemos aceptado siempre.

El arte egipcio fue hecho, en titánica lucha contra lo efímero,
por un pueblo al servicio de una monarquía de dioses mortales,
en una sociedad de poder,
que hoy llamaríamos totalitario.

Sus fines, quizá más teocráticos que políticos
fueron muy claros:

la exaltación de la autoridad y la trascendentalización sacral
de su vacío, es decir, que de la muerte hicieron
un símbolo más allá del tiempo,
un modo ingenioso de poder activo.

Al paso de los siglos la muerte se pudo a si misma, se deshizo, creándose,
y volvieron las aguas a su cauce.

Pero aquel arte quedó vivo porque era auténtico.

No así el arte totalitario de nuestro tiempo,
pues sus motivaciones no han seguido el avance orgánico de la historia,
sino que trataron de retardarlo a toda ultranza.

El arte egipcio, que se sustentaba sobre la muerte, sigue vivo,
pero este otro, que pretendió ser una exaltación
vital de la raza blanca cristiana y de derechas,
fue siempre un correoso y frío cadáver.

ARTE OFICIAL CONTRA ARTE DE LA BURGUESIA

En nuestro país no se trató de erradicar ninguna
manifestación del arte de manera oficial.

Hubo arquitectos que en los primeros años cuarenta no pudieron trabajar,
porque sus ideas sobre construcción no
coincidían con los predicados oficiales.

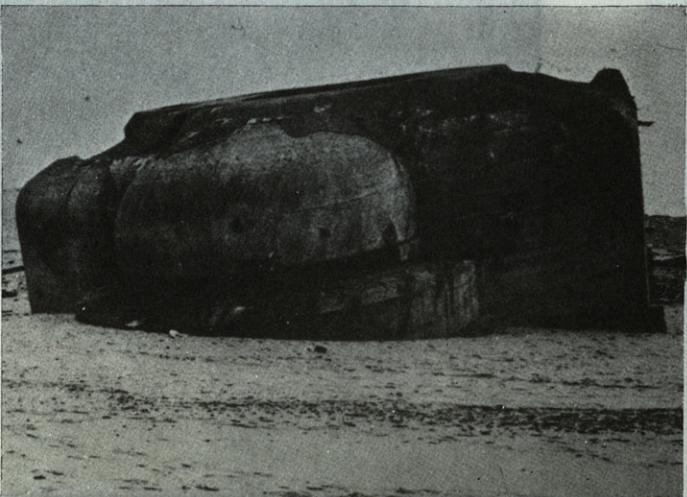
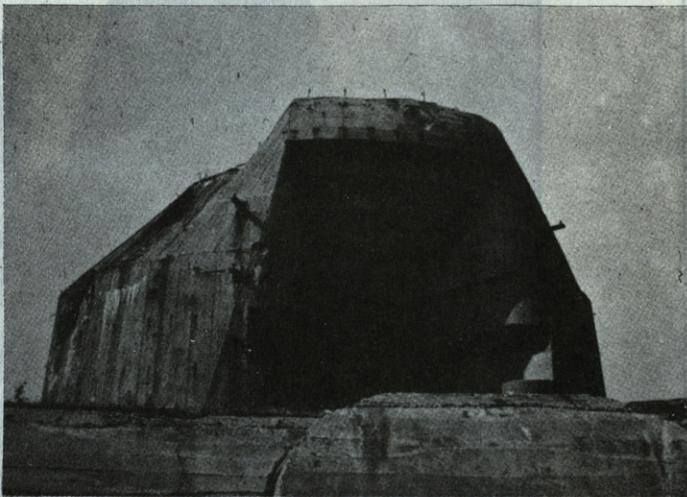
En literatura, escultura y pintura,
poco antes de los años cincuenta empezaron a aparecer grupos y
personalidades muy señalados,



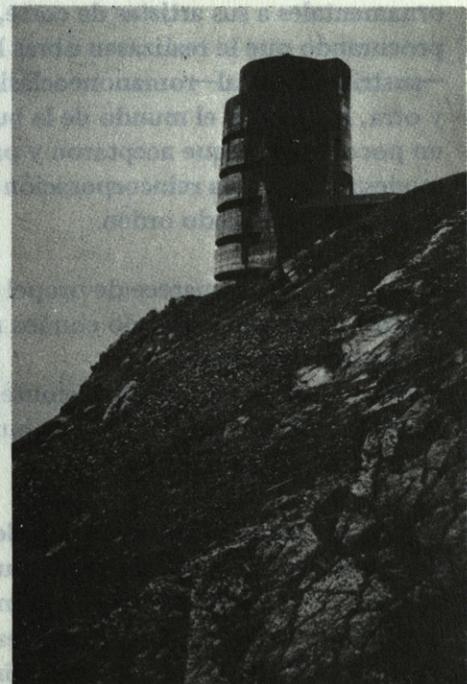
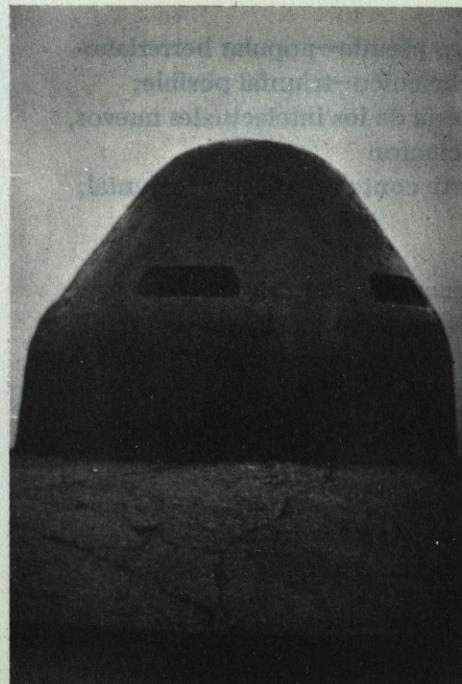
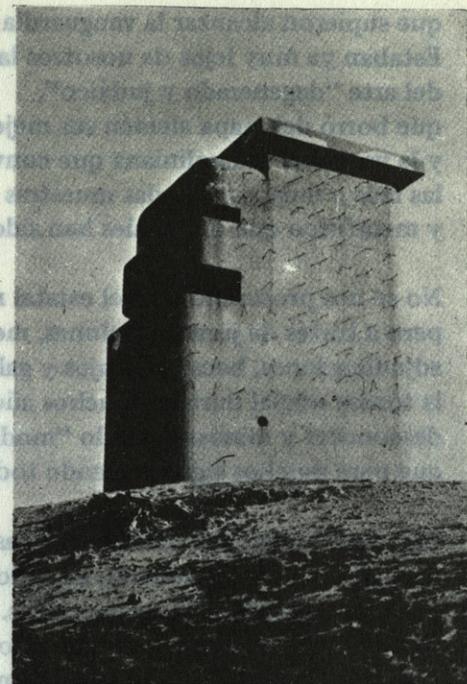
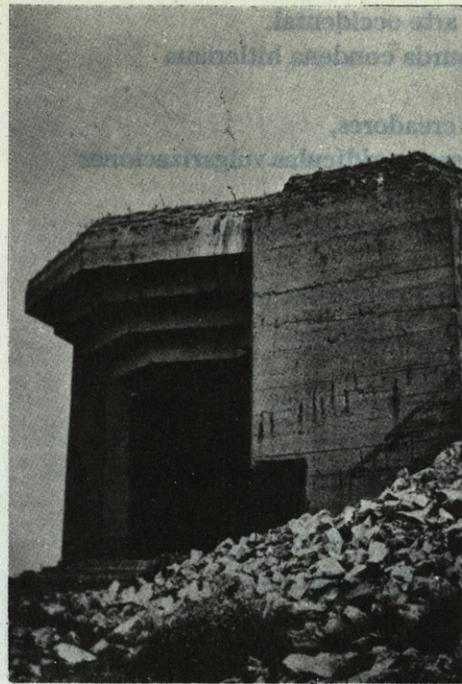
MONUMENTO A CARRERO BLANCO
(SANTOÑA)



FOTO: PAUL VIRILIO



"BUNKERS NAZIS"
FOTO:
PAUL VIRILIO



que supieron alcanzar la vanguardia del arte occidental.
 Estaban ya muy lejos de nosotros la absurda condena hitleriana del arte "degenerado y judaico",
 que borró del mapa alemán sus mejores creadores,
 y la vacuidad mussoliniana que convirtiera en ridículas vulgarizaciones las más o menos toleradas muestras de arte futurista y metafísico que tan vitales han sido para la estética contemporánea.

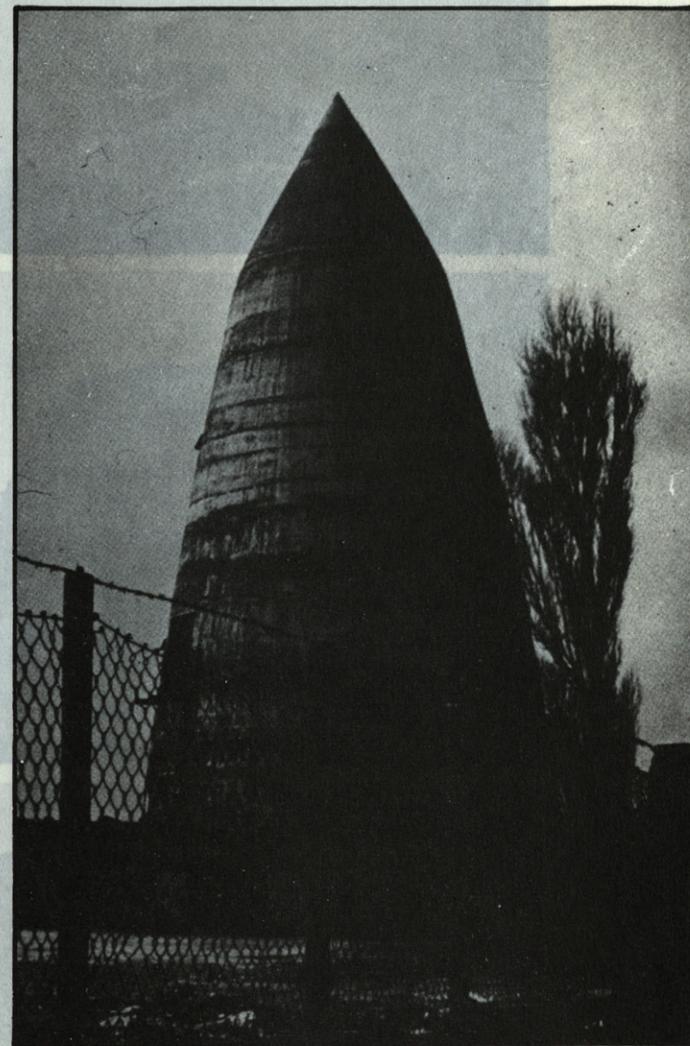
No se nos proscribió a nivel estatal ninguna tendencia artística, pero a través de jurados, salones, medallas, concursos, adjudicaciones, becas, trabajos y galardones, la tónica oficial durante muchos años fue la de ignorar, desconocer y minusvalorar lo "moderno", adjetivo, que para muchos sigue teniendo todavía grave contenido peyorativo.

Las cosas cambiaron cuando artistas españoles salieron al exterior, participaron en certámenes, exposiciones, congresos etc, y ganaron premios internacionales.
 Al menos ya no se contemplaron con ironía y suspicacia sus obras, pero continuó el desinterés.

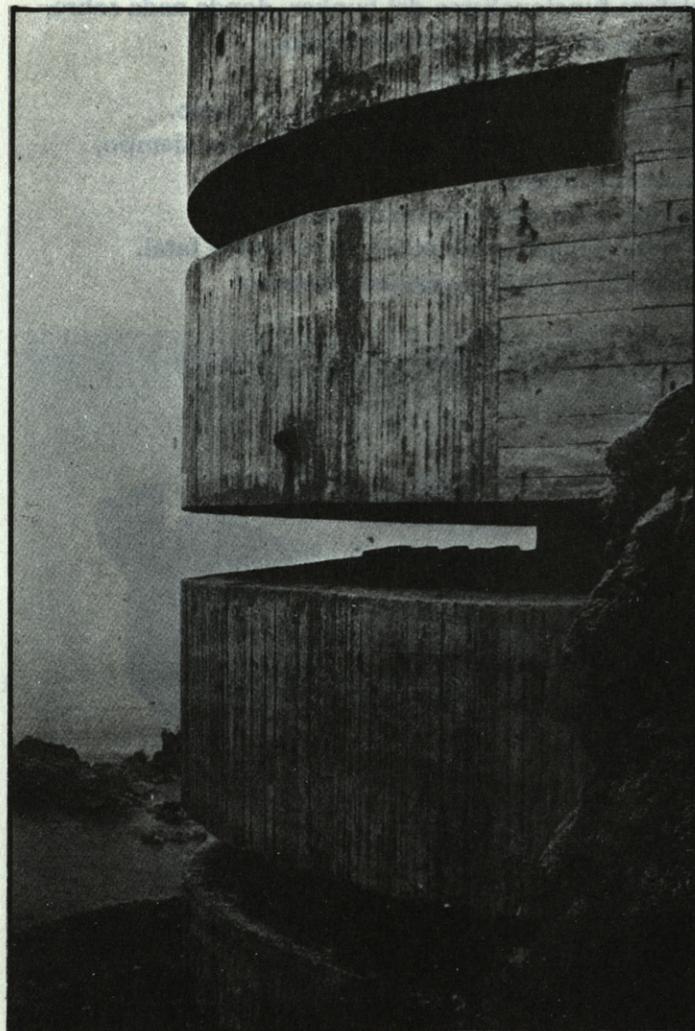
Así se fueron estableciendo dos orbitas, una la de la administración, que encargaba trabajos arquitectónicos y ornamentales a sus artistas de corte, procurando que le realizasen obras lo más pseudo—popular herreriano—austria—imperial—romanoneoclásico—helénico—triumfal posible; y otra, la privada, el mundo de la burguesía de los intelectuales nuevos, un poco progres, que aceptaron y patrocinaron modestamente una reincorporación al arte contemporáneo occidental, dentro del consabido orden.

El arte autárquico parece de oropel y decorado teatral, aunque haya sido realizado con los más suntuosos mármoles o los granitos más severos, y esto sucede por ausencia de contenido, pues el totalitarismo es en si una burbuja de retórica acomodaticia, jamás un concepto vertebrado.

En aquella época se tachó de decadente el arte de vanguardia porque no era "humanista" sino mucho más integrado a la naturaleza material, a lo instintivo del ser humano, que al falsario concepto de que la esencia del hombre es "distinta" a todo y sublime.



"BUNKERS NAZIS"
 FOTO:
 PAUL VIRILLO



Hoy podemos comprobar que el humanismo llevado a sus últimos límites es una aberración contranatura, una coartada insostenible, tan absurda y cruel como para llegar a emitir teorías de super-raza, super-hombre y otros delirios. Afortunadamente nosotros, latinos, con nuestro exacerbado sentido del ridículo, rechazamos de inmediato las teorías germánicas del super-hombre nada más con ponernos en camiseta ante el espejo.

El arte de las sociedades totalitarias modernas, según nuestro discutible criterio, puede ser descalificado por parecerse nulo, inoperante, inerte, y desde luego, sin un ápice de autenticidad; sin embargo hemos de reconocer, desde nuestra perspectiva "occidental", que si no encontramos validez a sus actividades artísticas propiamente dichas, si hallamos, en la peculiar vivencia histórica de la atmósfera creada por la autarquías, una tenebrosa sugestión estética, del mismo orden y categoría que lo que nos sorprende en el sadismo, en el masoquismo, en la oligofrenia de baba y en el escatológico reclamo de los espectáculos pornográficos. Hay algo oscuro e instintivo, éticas aparte, que en toda su repulsión nos atrae, y solicita tales emociones crueles desde lo más remoto de nuestras intimidades.

Quien no sienta vergonzante regusto de azucres engañosos; odios programados; proselitismos acatados; juventudes hervidas en el caldero de los himnos; concentraciones multitudinarias que electrizaron corazones débiles; morbosa beatitud de las liturgias, barrendera de toda capacidad de crítica, que arroje la primera piedra.

En ningún momento hemos de perder la vista de la relación de causa a efecto del capitalismo hacia la autarquía. Ya Thomas Mann tachó a Hitler, en los principios de su poder, de empleado del capitalismo y el mismo estado autárquico sufre las consecuencias en su supuesta honorabilidad, cuando es frecuente alcahuete en su ámbito de sobornos, injusticias y corrupciones que no escapan al fino olfato del pueblo. Así pues el poder es manipulado por los intereses

tentaculares de las oligarquias capitalistas,
sino otro freno que la endeble formula del guardar las apariencias.

El control de la propaganda intentó crear la convicción de que el totalitarismo fuera una empresa altamente popular, cuando nada tenía que ver con el pueblo trabajador, sino todo lo contrario, pues la supresión de los derechos más elementales del asalariado, como la sindicación libre, la huelga y la manifestación, impedían a este, y al ciudadano en general, el disfrute de cualquier garantía frente a la onnipotente voracidad de la máquina capitalista.

LA TERRIBLE BELLEZA DEL BUNKER NAZI

El arquitecto francés Paul Virilio ha publicado recientemente un trabajo, acompañado de material gráfico, sobre los bunkers nazis del Atlantikwall, cuya lectura es imprescindible para conocer algunas de las más profundas razones de una época tan turbadora, pues la arquitectura, y en general, todo el arte totalitario de ese período no es totalmente representativo del fenómeno social en que se gesta. Muestra más un "no-es-todo" que otra cosa, pues sus raíces neoclásicas, kisch, pompieristas, románticas, etc, aportan datos, pero no definen.

Es el bunker, en realidad, la más autentica muestra de hábitat fascista, y el último símbolo del poder sordo, allí se desenlaza su tragedia y salen a la luz sus debilidades y frustraciones.

Pero no es sólo eso, sino que este rudo monumento, fósil monstruoso de la ingeniería militar, frente a un arte nacido muerto, por paradoja absurda posee una gran potencia plástica, una estética real, más escultórica que arquitectónica. Hay en esas formas de los bunkers nazis, creo yo, una casual pero enorme relación de parentesco con algunas tendencias de la escultura occidental contemporánea.

Mientras que los edificios y monumentos, acartonados y triviales no dan ninguna talla de verdadero arte,

reciben una muda lección de misterio estético en la autenticidad plástica de esos grises envases de hormigón, abandonados frente a la inmensidad atlántica, que estuvieron destinados a defender anónimamente la locura y el sueño de un "Reich de mil años".

El mortífero funcionalismo del bunker, donde nada sobre, caparazón de un inframundo de sordera, es el símbolo y síntesis de la soledad, que sublima y vicia el poder en eras de si mismo. Es la madriguera ancestral traducida a nuestro tiempo, cubil en el que odiadas, temidas aún, y sin apoyo humanizado, se aculan las alimañas para morir de su herida fatal, de su ausencia de futuro.

